

el perro, el ratón y el gato...

semanario
de las niñas.

21

los chicos los bi-
chos, las muñecas



el perro frespelos



40
cts



LOS VUELOS DEL PRÍNCIPE PP



En un vuelo magnífico, el príncipe PP pasa sobre el Polo y sus cercanías. He ahí a los esquimales, que ahora resulta que son aficionados al diábol. Vemos dos clases de estrellas: las del cielo y las que ve uno al que le dan en las narices sin querer. Y, a propósito de narices: ¿Veis uno que recibe en ellas el beso de una foca? ¡Qué fresco debe tener el hocico!... También hay un esquimalito que curiosear por los bolsillos. ¡Qué mono!... Y muchas cosas muy divertidas que debéis buscar vosotros.

(Foto Sama.)

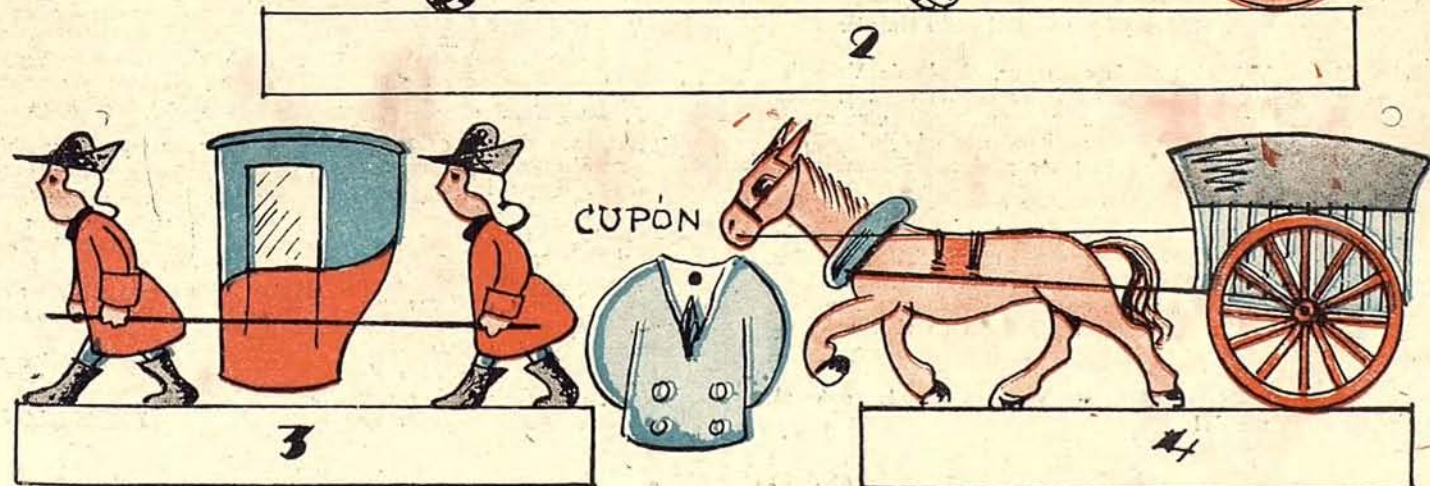
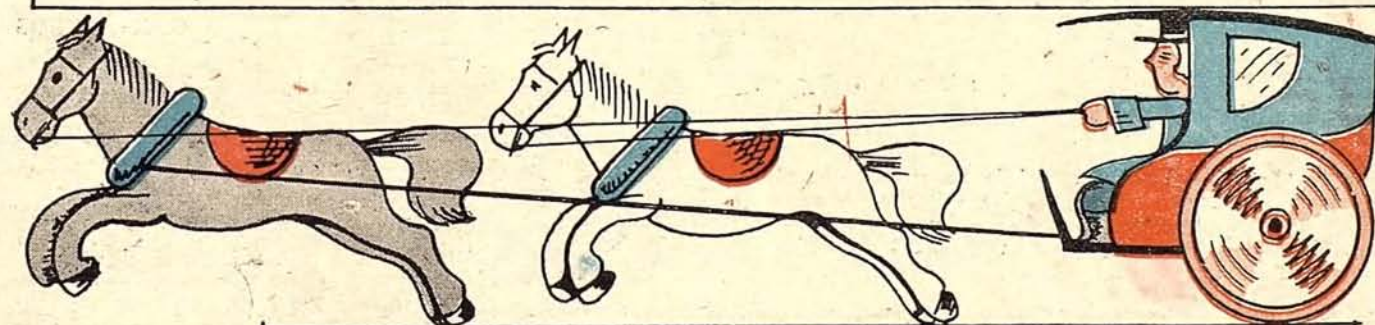
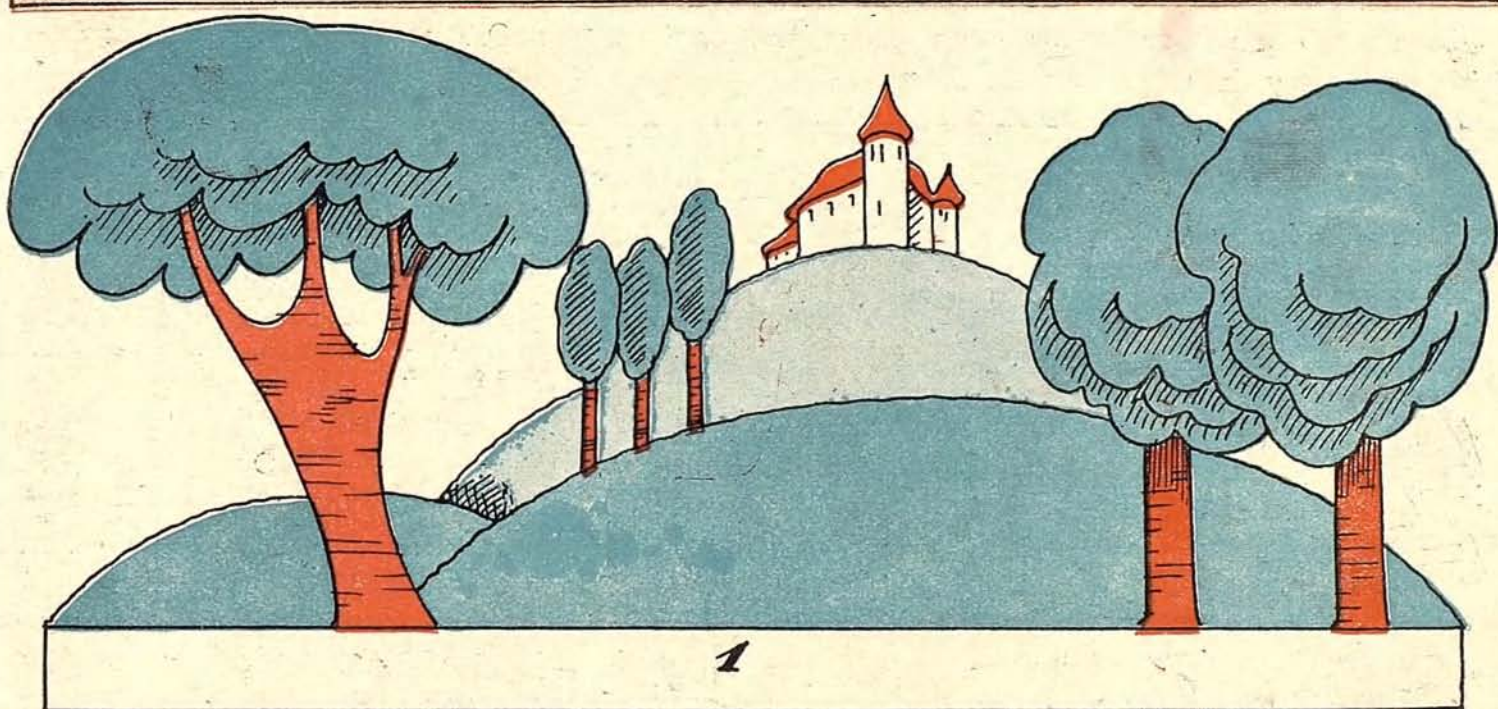
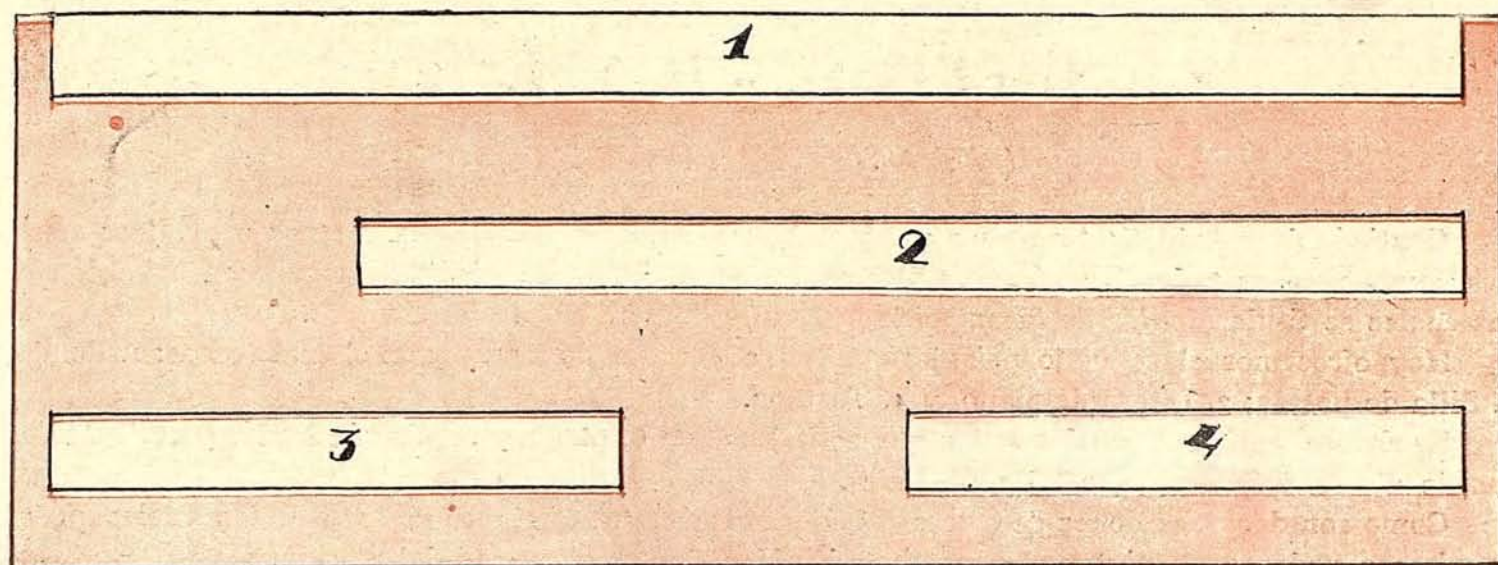
el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

PAISAJES RECORTABLES

Colecciones dibujadas por López Rubio :-: Medios de locomoción y transporte

(Véanse al dorso las instrucciones)



Paisajes recortables

INSTRUCCIONES

Serie 1.^a - Núm. 2

(VEASE AL DORSO)

Continúa hoy publicándose esta sección de los *Paisajes recortables*. Vamos a publicar seguidas, aunque no en todos los números, dos colecciones de a tres páginas, la primera colección de las cuales se titula *Medios de locomoción y transporte a través de los tiempos*.

Hoy ofrecemos el segundo paisaje, que se refiere al siglo XVIII, y en el cual vemos: 1. Fondo; 2. Silla de postas; 3. Litera de mano, y 4. Tartana.

Recórtese y péguese en los sitios que se indican en la plana, y resultarán lindas y curiosas vistas de diversas épocas, divertidas de hacer.

Como son dos colecciones de a tres paisajes, ofreceremos seis cupones, con los cuales podrá reunirse a pedazos un pintoresco matrimonio. Hoy damos el cuerpo del marido.

Los niños que nos presenten el matrimonio completo, tendrán derecho a la rifa de una formidable patineta y de un paquete de libros.



Carta te escribo...

E. B. Castro de Rey (Lugo).—Amigo Emilito: Dice tu papá que te gusta mucho el fútbol; y yo te digo que también te gusta copiar los dibujos de los demás, y eso no vale.

Jaime Bellver. Castellón.—Ya he trasladado tu reclamación al compañero de redacción correspondiente, y para evitar cambios de nombres en los dibujos conviene que pongáis vuestro nombre al dorso de los mismos. Vive tranquilo, que, por esta vez, no saldrás perjudicado.

R. A. Melilla.—Si quieres que te publiquemos algo, han de ser dibujos, porque para hacer chistes ya tenemos al pollo Guinda.

Alfonsito Blasco. Valencia.—Sería raro que, siendo de Valencia, no fueses músico. Nos gustaría mucho conocer música tuya, y, sobre todo, ese himno que dices que has compuesto para EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO... Mándalo y lo cantaremos aquí todos. Yo lo dirigiré con mis cinco manos y Trespelos hará de tenor y el ratón Bombón de bajo... de la mesa.

Blanquita Antón. Madrid.—Hemos recibido la reseña de tu viaje a Villacaballos de Cartón, y nos ha regocijado mucho. Trespelos dice que eres un gran cronista y que debías dedicarte al periodismo. Aquí hemos agradecido mucho las noticias que nos das de nuestros simpáticos villacaballenses. Ahora esperamos que hagas un viaje a Villaburrillos.

Gonzalo Latasa. Barcelona.—Por esta vez has llegado tarde al concurso. ¡Qué rabia me da!

José María Díaz Varela. Madrid.—Mándanos otro dibujo, porque el que dices no llegó a nuestro poder.

Blanquita Taboada. Orense.—Se ha cumplido con tu encargo, saladísima Blanquita. Muchos recuerdos me da para ti Bely.

Rosarito M. Madrid.—¡Pero hija, por Dios! ¿Cómo te atreves a escribir esas cartas? No se puede hacer eso; no se debe hacer... El tío preguntón te va a castigar.

Elisa G. Tenaza. Barcelona.—Está muy bien tu idea. Escribenos hablando de labores, y te contestarán las niñas más inesperadas.

Antonio B. Lerma. Madrid.—Tu razonada carta ha llegado cuando todos nos afanamos por pensar un almanaque que sea magnífico. ¡EL GRAN ALMANAQUE DE "EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO"!... Ya verás qué maravilla.

Los dibujos de Nanda y Lola F. (Puerto de la Cruz) y de Antónito D. (Madrid), no se pueden publicar por no ajustarse a las bases. ¡Cuánto lo sentimos!

Y hasta otra. Es vuestro,

CINCOMANOS



Para enviar a su debido tiempo el Cupón Extraordinario publicado en el número 19, una vez corregida la errata de que dimos cuenta en el número 20, lo que haréis es enviar las soluciones en un papel aparte; o, si os parece más cómodo, tachando debajo de cada frase los dos capítulos que no valen y dejando sólo el capítulo a que pertenece la frase.

He podido averiguar algo de lo que trae el próximo número, y vienen los primeros animales de

la Casa de fieras. Dos empiezan con O, y uno con C. A ver quién lo averigua.

¡Buena historieta del señor pre-venido y los ladrones!, y un pliego de Villaburrillos de Trafo, que es para caerse de risa con aquellos tipos.

Viene también un precioso cuento que se titula: "De cómo el sino de Quico—le hizo ser duque y ser rico", con un dibujo que es una cabra dando de mamar a un chiquitín.

El capítulo del ratón Bombón se titula, si no recuerdo mal: "Una temporadita de gran música".

Y viene Chin y Bely, para que lo lean las chicas. Y el pollo Guinda nos habla de boxeo; el de las fábulas, de la venganza de los caballos, y el Botón del Aire, de Salamanca.

Me parece que va a resultar un número bonito...

TRESPELOS

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

el perro, el ratón y el gato...

Semanario infantil. Director: Antoniorroblea
Príncipe de Vergara, 42 y 44 - Apartado 33 - Teléfono 51587
Núm. 21. — Madrid, 18 de octubre de 1950

Suscripción.— España, Portugal y América: Año, 20 pesetas;
semestre, 10; trimestre, 6; Francia y Alemania: 25, 15 y 7;
demás países: 30, 16 y 8.—Exclusiva de publicidad "Rudolf Mos-
se Verlag S.A." En Madrid, Nicolás María Rivero, 11, Teléf. 15525;
Barcelona, Rambla de Cataluña, 15, Teléfono 13130.

Este ejemplar pertenece a



El Ratón Bombón

Por muy aventurero que uno sea, al cabo de unas cuantas aventuras se tiene siempre el deseo de volver a casa.

Claro que yo no tengo casa, pero siento de cuando en cuando la inclinación de mi raza a vivir en un pisito amueblado, con una familia más o menos acomodada que nos odia.

Y por eso, después de mis aventuras de la guerra, el hospital y el gallinero, vi una casa que me gustó, subí las escaleras, me colé por la puerta del segundo, me gustó el piso y me quedé a dormir allí.

Pero el que es de ley...

Y digo esto porque yo soy de ley de aventuras, y aun viviendo en una casa acomodada, siempre me toca vivir alguna aventurilla de cierta importancia.

Esta vez di con un buen tigre. Y no se asuste el que esto lea. No había un tigre viviendo por el piso segundo de aquella casa, sino una piel soberbia, al pie de una cama, con la boca terriblemente abierta.

Yo le vi a media noche, desde mi ratonera, y pasé un miedo imponente, creyendo que era un magnífico gato que me aguardaba. Pero fué amaneciendo, y entonces me di cuenta de que se trataba de la hermosa piel.

Como esto coincidió con los primeros fríos del invierno, a mí me pareció muy oportuno hacer un agujerito en la boca de la fiera e instalar mi ratonera entre la piel y el forro. Más calentito, imposible.

Y allí fué toda mi aventura.

Sucedió que yo salía todos los días por las miguitas del comedor. Y una vez vi al gato, y el gato me vió a mí.

Salí corriendo como alma que lleva el diablo, y en dos brincos me colé por mi nueva ratonera de invierno.

Mas, como es natural, la piel se movió como si viviera, puesto que yo andaba por dentro, y el gato se dió un susto fenomenal, poniendo todos sus pelos y el rabo de punta y haciendo ¡fu! con un miedo imponente, que le hizo huir paso a paso, andando para atrás.

Desde entonces al gato no le volví a ver. Sé que se metió en el fondo de la carbonera, que allí le tenían que llevar de comer y beber, y que, dormido, hacía ¡fu!, sin duda porque soñaba que iba el tigre por él.

Pero lo pintoresco es que un día me colé en mi casa porque venían gentes, y también vieron moverse el tigre la señora de la casa y su niña, y se cayeron sentadas, saliendo luego dando gritos.

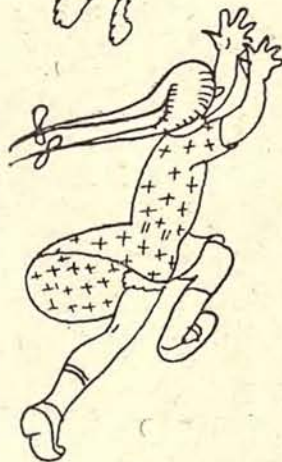
Al poco rato aparecieron por la puerta el padre, dos hermanos mayores y dos amigos, a los que habían invitado a la cacería. Todos ellos venían con escopetas, cuchillos de caza y botiquín de urgencia...

Les vi, desde la boca del tigre, cómo asomaban cada uno un ojo y la escopeta. Confieso que me entró un pánico espantoso. Temblé. Entonces tembló el tigre, y cinco tiros, con cinco detonaciones, me rodearon.

Uno de ellos había atravesado el rabo. Por él me escapé. Caí en un centro de mesa con flores, y de allí salí corriendo a la calle.

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid



LA MARIPOSA Y LA AVISPA

ESTA TARDE LA VAMOS A DEDICAR A CAZAR MARIPOSAS PARA MI COLECCION

COGERE UNA CAJITA Y UNOS ALFILERES PARA TRAER LAS MARIPOSAS CLAVADITAS



MARIDITO CON ESA GORRITA VAS A COGER UNA INSOLACION

ES LA GORRA QUE LLEVAMOS LOS MONIGOTES DE LAS HISTORIETAS

TODOS LOS ARBOLES DEBIAN LLEVAR GORRITA

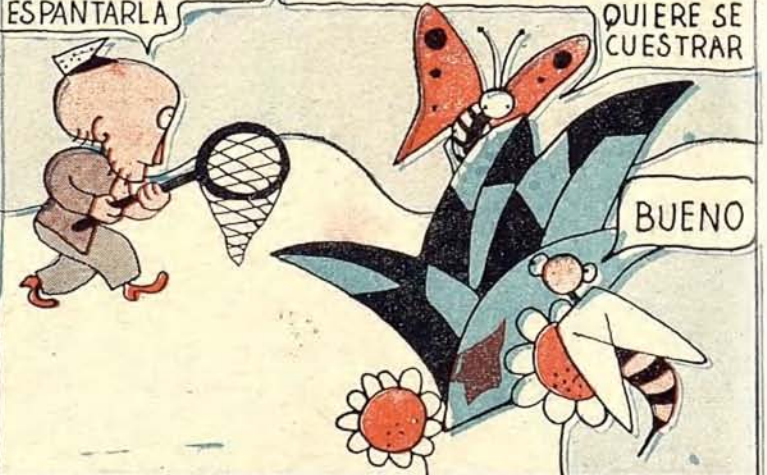


MAGNIFICO EJEMPLAR ESPERARE QUE SE POSE EN UNA PLANTA PARA CAZARLA

YA TENEMOS AQUI ALTIO PELMA ESTE DISPUESTO A CAZARNOS. PERO LO QUE ES HOY SE VA A LUCIR

ME ACERCARE MUY DESPACITO PARA NO ESPANTARLA

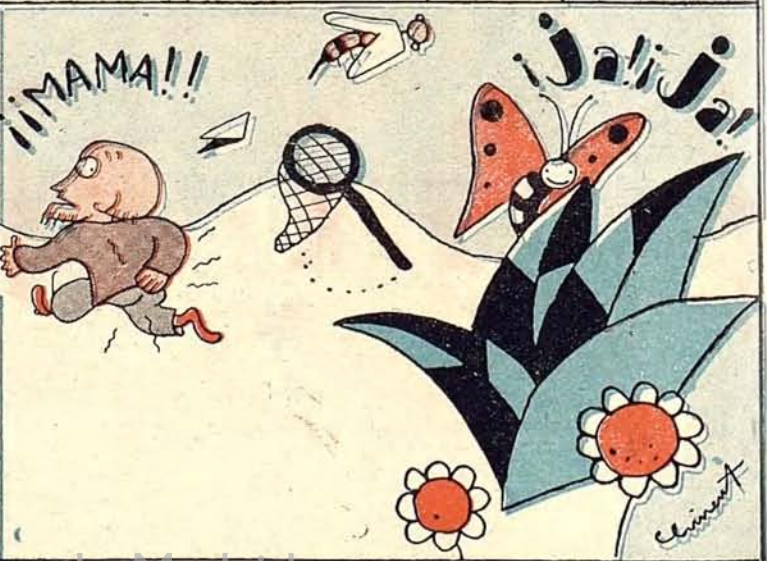
OYE AVISPITA DALE UN PINCHAZO MORROCOTUDO A ESTE TIO QUE ME QUIERE SE CUESTRAR



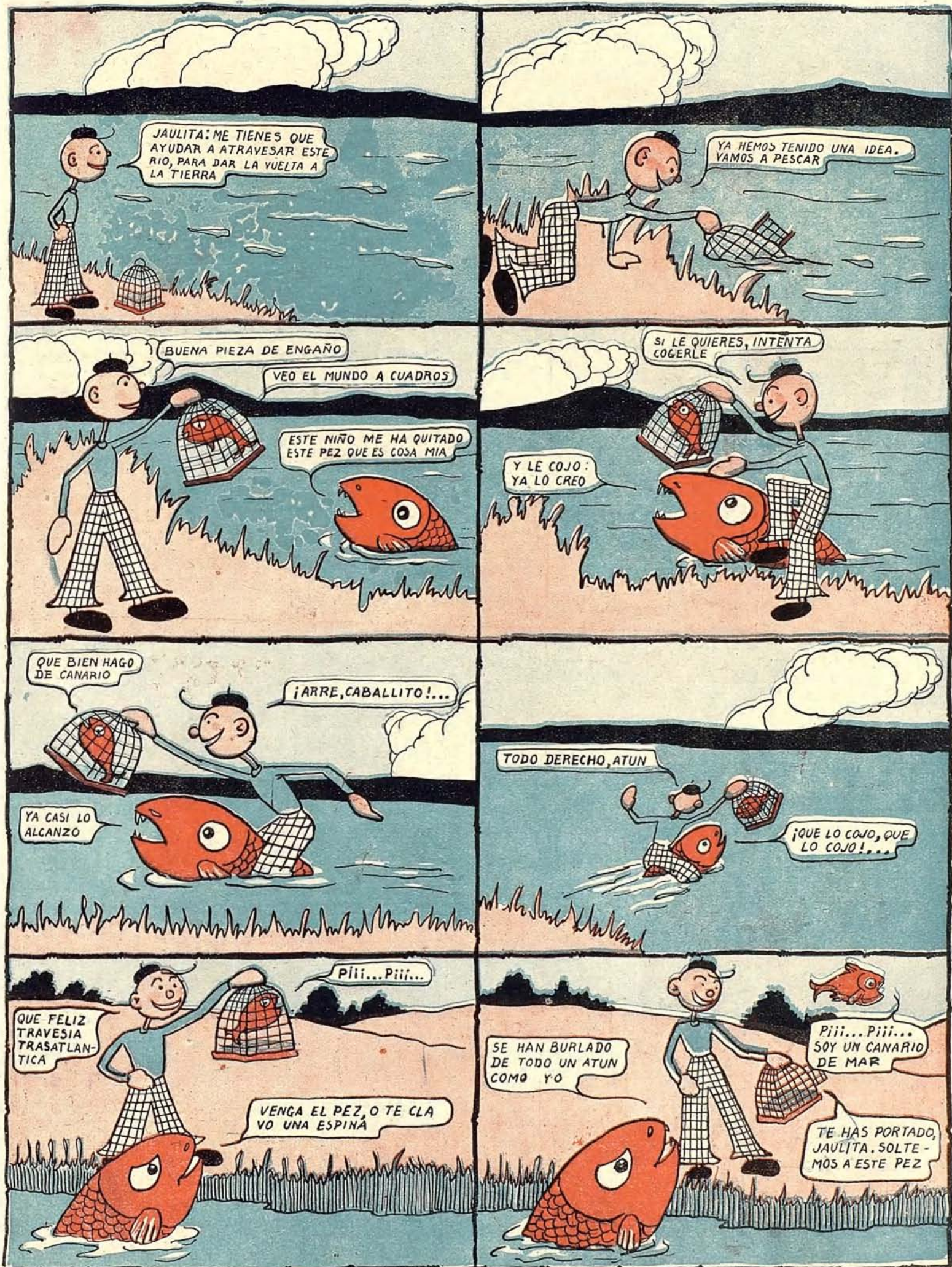
BUENO

YA ERES MIA PRECIOSIDAD

AHI VA ESO MALA SOMBRA



El niño Carloto Perrava a dar la vuelta a la tierra



ROBLES-OSCAR

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid



El de las preguntas



Véase la estampa de la última hoja.)

—¿Y qué te gustaría ser? Dímelo.

—¡Futbolista!

Bien se ve que Gabrielito Hernández Paso es un entusiasta del deporte futbolístico, porque me ha contestado con una rapidez enorme.

—Con qué futbolista, ¿eh? ¿Y por qué?

—Pues porque es precioso hacer un regate, echar el balón a un compañero, y que él lo cuele de un cabezazo. Y luego los aplausos y todo eso tan bonito.

—Pero a los sesenta años ya no podrás ser futbolista...

Gabrielito se queda pensativo. Se ve que no había pensado en eso. Yo insisto:

—¿Y qué te gustaría ser, además de futbolista, para que llegaras a serlo de mayor?

—Pues como cuando papá era concejal, que algunas veces iba con chistera y levita a las fiestas.

Aquí tenemos un entusiasta del fútbol.



El Sr. Hernández, que ha sido concejal de una capital española, ríe la ocurrencia del hijo.

—Bueno, pues dime ahora qué animal te gusta más.

—Ya ve usted, el que más me gusta es el avestruz, porque una vez vi unos corriendo en el cine, y parecían futbolistas. Se lo aseguro.

—Cuéntame si te ha pasado algo con algún animalito.

—¿Usted no sabe que mi primo tiene un perro que corre detrás del balón, y que le contamos siempre como delantero cuando jugamos al fútbol?

—No sabía nada. Pero tiene mucha gracia. Y dime, ¿a qué juguete es al que has querido más?

—Al balón con que jugamos el campeonato de mi barrio, con el que hice yo el tanto que nos dió la victoria. Cuando se me estalló la goma y la funda se descosió, la rellené con papeles, la he pintado una cara, y está en mi cuarto colgada como un amigo.

—¿Cuándo te has llevado el mayor susto de tu vida?

—El domingo pasado precisamente, que me caí y creí que me había roto las dos piernas.

—¿Estabas jugando al fútbol?

—Sí, señor.

—¿Qué afición le tienes, chiquillo! ¿Y en qué te gastarías las 1.000 pesetas de EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO?

—Se va usted a reír... Me las gastaría en un solar que hay al lado del jardín de la casa donde veraneamos. Y allí hacer un campo...de lo que yo sé: de fútbol.

El tío preguntón.

El mago mueblista



Don Tremebundo Cortocéfalo era un señor soltero que vivía en una casa de huéspedes.

Estaba empleado en una fábrica de la luz eléctrica, y conocía muy bien si las bombillas estaban frescas, como los huevos, con sólo mirarlás al trasluz.

La patrona le encargaba que pusiera y quitara las bombillas, y una vez se subió en una silla para poner una; pero se dobló una pata y rodó Don Tremebundo, y la bombilla estalló con ruido de bomba.

Entonces la patrona dijo al señor Cortocéfalo:

—Mi querido Don Tremebundo: le voy a regalar una silla buena, buena, para que no se caiga nunca.

Y fué la buena mujer a la tienda de muebles del enano Tachuela, sin saber que los muebles de allí tenían todos su poquito de magia.

Y compró una silla.

¡Buena silla! Desde el primer día simpatizó con ella Don Tremebundo, y cuando volvía de la calle le ponía la chaqueta en el respaldo. De este modo la americana no se deformaba; pero además a la silla le sentaba bien una chaqueta bien entallada. Como que el señor Cortocéfalo se compraba algunas veces flores de ojal, tan sólo para ver cómo adornaban a la silla cuando dejaba la chaqueta en el respaldo.

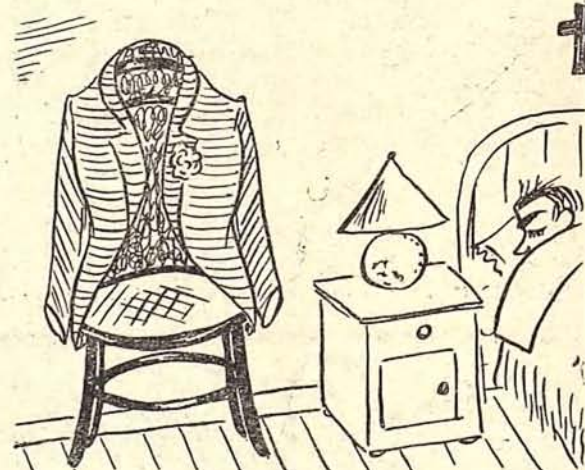
La silla fué buena amiga, y aunque no hablaba, le sostenía mansamente el chocolate por la mañana, al lado de la cama. Y cuando él estuvo malo, ella estaba a su lado, como si fuera una persona sentada en una silla, cuando no era más que una silla sin persona.

Es el caso que Don Tremebundo la llamaba Doña Silleja, y acariciaba su respaldo con mimo.

Sucedió entonces que en la oficina de Don Tremebundo se acumuló mucho trabajo, porque había caído una nevada imponente, y se habían roto muchos cables de la luz eléctrica.

¡Qué frío tan espantoso hacía!

La muerte de la silla de Don Tremebundo.



Y es el caso que como había tanto que hacer, el señor Cortocéfalo tuvo que quedarse trabajando hasta las cuatro de la mañana, recibiendo avisos de las fechorías del temporal.

Cuando volvió a su casa, Doña Silleja estaba tumada, y un papel a su lado decía: "Me muero de frío, por no tener la chaqueta que me pone usted todas las noches".

Quiso ponerla de pie, y se volvió a caer. Don Tremebundo lloró mucho, y el trapero se llevó la silla como un gato muerto.

Lauro de la Sandía.

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

La persona, el animal y el mueble

LA OBRA DE ARTE DE NUESTROS LECTORCITOS.—Bases que habéis de leer con mucha atención antes del envío, si no queréis que el dibujo se caiga en el cesto: 1.ª Cada uno de los dibujos vendrá acompañado de un CUPON.—2.ª Sus cuatro lados tendrán exactamente SIETE CENTÍMETROS cada uno.—3.ª Estarán dibujados con tinta muy NEGRA.—4.ª Tendrá una PERSONA (sea hombre, mujer, niña o niño), un ANIMAL (insecto, pez, ave o cuadrúmano, si no es copia de uno de los tres bichos de este periódico) y un MUEBLE o un cacharro.—5.ª Se acompañará muy CLARO el nombre y señas.—6.ª Pondréis la siguiente dirección: "EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO. Dibujos. Apartado 33. Madrid." Entre los niños artistas que publiquen sus dibujos desde el número 17 hasta el número 30, se sortearán 12 de las preciosísimas estampas originales que Alonso nos envía para las páginas de atrás, llamadas de las "Respuestas". Además, a los que publiquen los dibujos más graciosos y mejores se les premiará como se indica en otra parte.



432.—Pilar Vera.
Elda (Alicante).



433.—Andrés Bejarano
Pozoblanco (Córdoba).



434.—Agueda B. Vargas.
Gijón (Asturias).



435.—Elías B. Vargas.
Gijón (Asturias).



436.—Pilar B. Vargas.
Gijón (Asturias).



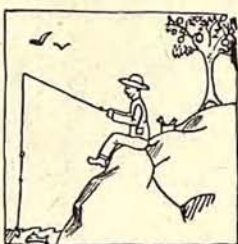
437.—Julio Morales.
Madrid.



438.—Carmen Agudo.
La Garganta (C. Real)



439.—José Luis Miralles.
Madrid.



440.—Guillermo Miralles.
Madrid.



441.—Irene Alvarez.
Madrid.



442.—Ricardo Vigaray
Madrid.



443.—Ofelia Santonja.
Madrid.



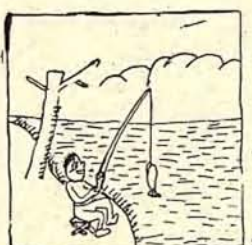
444.—Carmen Espinosa.
Madrid.



445.—Angeles Espinosa.
Madrid.



446.—Carmen Córdoba



447.—Diego Salcedo.
Córdoba.



448.—Glorita Gil.
La Estrada (Pontevedra).



449.—Vicente Marín.
Valladolid.



450.—Vicente Marín.
Valladolid.



451.—M. Hernández.
Hervás (Cáceres).



452.—Emilio M. Montalvo.
Madrid.



453.—Vicente Marín.
Valladolid.



454.—Andrés Ortiz.
Madrid.



455.—Pedro Ortiz.
Madrid.



456.—Pilar Vera.
Elda (Alicante).



457.—Juana García.
Cuenca.



458.—Josefina Morales
Madrid.



459.—Vicente Marín.
Valladolid.



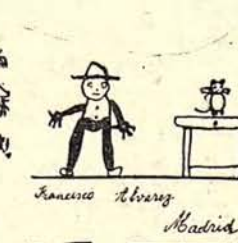
460.—Miguel Hernández.
Hervás (Cáceres).



461.—Mario Coll.
Gandía (Valencia).



462.—Mario Coll.
Gandía (Valencia).



463.—Francisco Alvarez.
Madrid.



464.—Carmen Agudo.
La Garganta (C. Real)



465.—Francisco Bejarano.
Pozoblanco (Córdoba)



466.—Vicente Alvarez
Madrid.



467.—Carmen Vera.
Elda (Alicante).

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid



Cupón C. I. A. P.

Presentando dos cupones como éste en:



CIAP

Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15; Librería Renacimiento, Preciados, 46, y plaza del Callao, 1, Madrid; Librería Barcelona, ronda de la Universidad, 1, Barcelona; Librería Fe, Campana (junto a Sierpes), Sevilla; Librería Fe, Isaac Peral, 14, Cartagena; Librería Fe, Mariano Catalina, 12, Cuenca; Librería Fe, Larga, 8, Jerez, y en Tán-ger, antigua calle del Banco de España,

obtendrás el 15 por 100 de descuento en la obra que quieras comprar del fondo del catálogo de la CIAP. (Editoriales Renacimiento, Mundo Latino y Estrella.)

PLIEGO VEINTIUNO.—He aquí los diputados villacaballenses: 265. Don Maximino Singorra, presidente de la Diputación, hombre amable y sonriente, que en las sesiones toca la campanilla haciendo eso de: "una copita de... ojen".—266. Don Teodoro Cachivache, respetable diputado que ha pedido que se les conceda a los serenos que salga el Sol un poquito antes, si es posible.—267. Don Carlos Choto, que ha pedido jardines para los niños, con guas y porterías de fútbol, y cuerdas para hacer el círculo del peón. 268. El marqués de la Cartulina dice que hay que proteger el Arte, y hace que se compren casi todos los cuadros que se pintan en Villacaballos.—269. Don Pablo de la Sandía, diputado hoy, y ayer obrero, inteligente, que protege al obrero en sus peticiones y discursos.—270. Don Abdón Buenavideta, que a veces sale de las sesiones como si le estuvieran esperando, y se va a comer un bocadillo.—271. Doña Estefanía Novoy, diputado, que un día rodó por las escaleras y de rabia rompió el paraguas contra los escalones. 272. La señorita Isabel Cosmópolis, diputado que quiere establecer co- legios para que puedan ir gratis las criadas.—El villacaballense roto, que todos los niños deben componer y enviar con las 24 letras de la página del Gato Adivino.—273. Pepe Moscas, el sereno que cuando pierde una llave abre el portal con un dedo, como si fuera ganzúa.—274. Pepe Botijo, el sereno que cuando le llaman dice: Voy corriendo, pero termina de leer el artículo que esté leyendo.—Ahora vienen los cuatro mejores jugadores de tennis de Villacaballos.—275. María Isabel Altamirilla, que por saltar para coger un pelotazo que venía alto, se quedó enganchada, por la raqueta, de un árbol.—276. El conde de la Goma, que tiene en su casa tantas copas de plata ganadas, que ha puesto una en vez del boliche de la escalera.—277. Tino Brazuelo, que con los ojos tapados responde a veces pelotazos que le echan, porque mide por el sonido el sitio donde han botado.—278. Adelita Casablanquilla, que tirando la pelota a diez metros con la raqueta, apaga una vela.—Silla donde se sienta el árbitro cuando hay partido formal. (Dibujos de Oscar.)

LA FRASE DE

DON QUIJOTE

La frase que se publica en en el número 21 pertenece al capítulo

(Este cupón no se enviará hasta no reunir 40 o 42 de esta serie.)

CUPON para enviar un di-

bujo

No se remita sin saber bien las condiciones del con- curso.

TODOS LOS

niños deben leer los

26 CUENTOS INFANTILES

de Antoniorrobes. Tres tomos, 12 pesetas. Es el libro que agotarán los Reyes Magos.



C. I. A. P. Apartado 33, Madrid.

TODOS LOS

libros deben comprarse en las LIBRERIAS FE. En Madrid: Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15. Librería Renacimiento, Preciados 46 y plaza del Callao, 1. Librería Fe, Príncipe de Vergara, 42 y 44.—En Barcelona: Librería Barcelona, Ronda de la Universidad, 1.—En Sevilla: Librería Fe, Campana (junto a Sierpes).—En Zaragoza: Paseo de la Independencia, 23 y 25.—En San Sebastián: Librería Fe, Avenida de la Libertad, 16.—En Coruña: Real, 24.—En Cuenca: Librería Fe, Mariano Catalina, 12.—En Cartagena, Librería Fe, Isaac Peral, 14.—En Jerez: Librería Fe, Larga, 8.—En Buenos Aires: Florida, 251.



C. I. A. P. Apartado 33, Madrid.

TODOS LOS

hogares deben adquirir EL LIBRO PARA TODOS, en el que han aparecido ya: *Volvoreta*, de Fernández Flórez; *La guerra carlista*, de Valle Inclán; *El hombre que se reía del amor*, de Mata; *Las fronteras de la pasión*, de Insúa; *El placer de sufrir*, de Hernández Catá; *La busca*, de Baroja; *Los puritanos*, de Palacio Valdés; *Doña Inés*, de "Azorín"; *La bien pagada*, de "El Caballero Audaz"; *La esfinge maragata*, de Concha Espina; *Los pazos de Ulloa*, de E. Pardo Bazán; *El espejo de la muerte*, de Unamuno; *El chápиро verde*, de Pérez Zúñiga; *La mujer de nadie*, de Francés; *El hombre de oro*, de Blanco-Fombona; *Las cerezas del cementerio*, de Miró; *La mujer de sal*, de Borrás.

Estos libros, como todos los que seguirán apareciendo en la misma colección, se venden al precio de

UNA
CINCUENTA



C. I. A. P.
Apartado 33
MADRID

TODOS LOS

meses debe leerse la gran revista

Cosmopolis

Lujo, Arte, Modas, Literatura, Actualidad, Niños.

Una peseta.



C. I. A. P. Apartado 33, Madrid.

FotoGRABADOS · Frust Gráfico · C.I.A.P.

PRINCIPE DE VERGARA, 42 Y 44 - MADRID - TELÉFONO, 57.964.

RÁPIDOS
IRREPROCHABLES
ECONÓMICOS

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid



EL Mago Botijo me ha rogado que os hable de los picos de las aves, para que se vea que ninguna tiene el pico como él. Y en eso tiene razón. ¡Buen ave está hecho el Mago Botijo!...

Los picos son, como sabéis, la dentadura y los labios de las aves. En la remota antigüedad parece que hubo aves con dentadura; pero ya no las hay.

Y no les hace falta, porque ese pico en forma de garra que tienen las aves de rapiña, las águilas, por ejemplo, les sirve como colmillos para desgarrar la carne de sus presas.

Claro que no todas las aves de ese pico son carnívoras, porque ahí tenéis al lorito y sus semejantes, que no usan su afilado pico para las carnes, sino para trepar por los árboles frutales. Y hasta se cuelgan con él, quedando suspendidos en el aire.

No nos olvidemos del pájaro sastre, que usa el pico



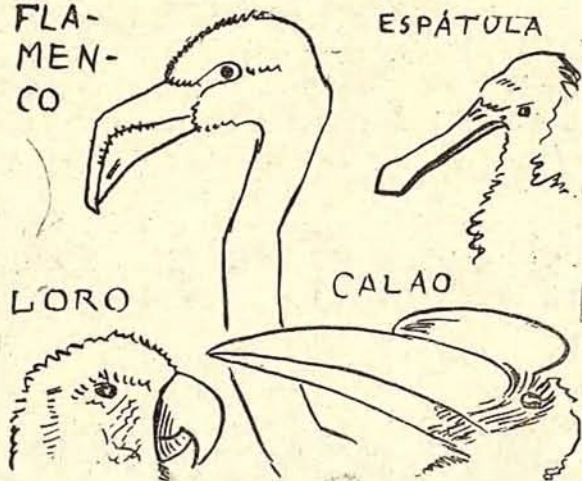
El naturalista

FLAMENCO

ESPÁTULA

LORO

CALAO



como aguja, para hacerse el nido cosiendo con fibras unas hojas grandes. Y también tenemos el caso del ave llamada espátula, que lo tiene ancho, como una cuchara, para pescar peces en los ríos, levantando los fondos fangosos.

Las zancudas, que suelen ser todas esas de patas largas, casi siempre tienen el pico largo, que les sirve para meterlo en el fango, en el barro, y por allí buscar lombrices, peces, raíces o todo lo que sea su alimento.

El flamenco tiene el pico curvado de un modo extraño, y le sirve para emplearlo en el fondo de los ríos como azadilla que remueve el limo. Con la lengua hace luego, dentro de la boca, la separación de lo que es comestible y de lo que no lo es.

Claro que el pico ideal para las aves que comen peces es el del pelicano, que lleva esa bolsa flexible, donde coge y guarda lo pescado, y hasta se lo lleva vivo a sus pollitos.

Los calaos son unos pájaros africanos, de cuerpo pequeño y pico muy grande. Parece que el único objeto de su tamaño es el de asustar a las serpientes u otros bichos que vengan contra sus huevos.

Los tucanes son americanos, y también tienen un pico desproporcionado, gigantesco, de muy poco peso, que les sirve para coger las frutas desde otras ramas, porque las frutas que ellos prefieren suelen estar en los extremos débiles de las ramitas.

El de los chotacabras es muy rasgado, para coger insectos al vuelo.

Los picos no son casi nunca largos hasta que las aves no son mayores, porque a los pollitos los alimenta la madre de pico a pico.

Cacerolo Reptil.

Uno de los temas futbolísticos más importante de la actualidad es, como sabrán ya todos mis lectores, el paso de Ricardo Zamora, gran guardameta o portero, del *Español*, de Barcelona, al *Real Madrid*.

Mediante una cantidad de dinero bastante elevada, pagada al Club donde Zamora tenía firmados sus compromisos, y otra buena cantidad que se le da al famoso futbolista, los *madridistas* tendrán el mejor portero de España. Ahora veremos si eso les vale para poseer el campeonato de 1931. ¡Mal empiezan, con su herida del hombro!

Cuando mis tíos eran pequeños, dicen que no había nunca eso de pagar dinero a los futbolistas. Todos eran muchachos que después de las clases se entrenaban, y los domingos jugaban el partido.

Pero ahora, ya veis: para los buenos deportistas es un gran negocio. Y aunque parezca menos simpática la cosa, es más justa; porque si uno vale, que se le pague.

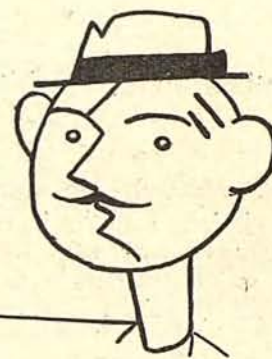
Y digo que parece menos simpática, porque, por culpa de las pesetas, el equipo *Español*, que tenía a Zamora como alma del equipo, ahora ha perdido partidos que antes parecía imposible que perdiera. Y ya veis: es bien seguro que Zamora habría tomado cariño al equipo donde alcanzó su nombre.

El portero bueno, siempre es de un papel lucido, porque los otros diez hombres de cada equipo parece que se combinan y hacen una labor unida. En cambio el portero recibe él sólo los tiros y él sólo tiene que defenderlos delante de la multitud que le aclama.

De ahí que Ricardo Zamora, el nuevo guardameta del *Madrid* haya alcanzado un nombre como ningún otro futbolista español.

Ahora lo que hace falta es que entre los lectores de *EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO* salga algún famoso guardameta. ¡Como me gustaría, chiquillos!...

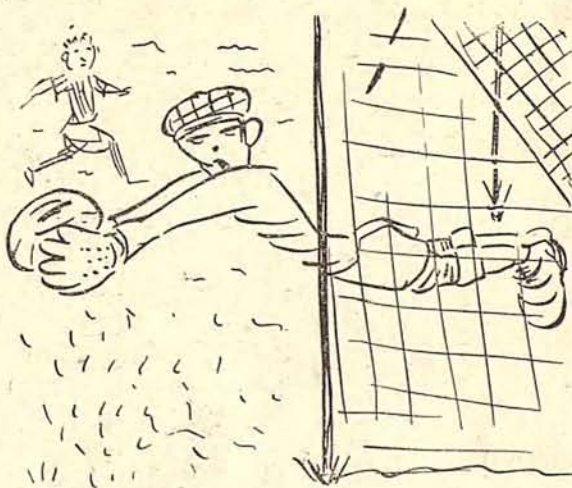
Para terminar, voy a daros una noticia pintoresca: y es que dentro de poco tiempo llegará un equipo de



El pollito gumda

Ricardo Zamora, los chicos y las pesetas.

Las mil clases de picos de las aves.



chinos para jugar con los mejores equipos de Europa.

No todo es vender collares. Ya véis como China va avanzando paralelamente con la civilización europea.

El Pollo Guinda.

Un hombre es acusado de haber robado una cartera y le defiende brillantemente un abogado, que logra probar que no había robado.

Al quedarse solos, dice el acusado:

—Entonces, señor abogado, ¿ya es mía la cartera?

—¡Pero la tenía usted?

—Naturalmente, hombre. Si no, no tendría mérito lo que ha hecho usted.

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

Cómo encontró el buen dragón

CUENTO, por ANTONIORROBLES

En el castillo de los Siete Nidos, llamado así porque en cada una de las siete torres había un nido de cigüeñas, vivía la Princesa Cereza, cuyo padre había marchado a la guerra llevándose un inmenso dragón del castillo, llamado Sombrero, y dejando al cuidado de su hija a otro dragón llamado Zapato, tan inmenso como Sombrero.

La guerra era porque el Príncipe José Estilográfica, de la nación vecina, quería casarse con Cereza, y ella no tenía ganas de quererle, porque lucía unos bigotes largos que le parecían muy antipáticos.

La guerra no iba mal, y Cereza y Zapato oían desde el castillo los cañonazos y los clarines.

Lo malo fué que cuando el gran dragón Zapato se rascaba detrás de una oreja con la afilada punta del rabo, un aeroplano enemigo le tiró una tinaja llena de pólvora, dinamita, cascos de guardia, pedazos de botijos rotos, gotitas de limón, pipas de sandía y clavos de hierro.

Como era de temer, la terrible bomba cegó al pobre Zapato, porque uno de los clavos se le fué al único ojo, que, por cierto, le tenía en la frente.

Entonces los aviadores enemigos, los del Príncipe José Estilográfica, aterrizaron suavemente en la terraza

grande del castillo; buscaron a la Princesa Cereza, a la que ya no quedaba más guardia que las doncellas y aun no sabía la ceguera del buen Zapato, y la encontraron en la cocina haciéndose flanes en forma de mano con las manoplas metálicas que se había dejado su padre olvidadas.

La cazaron, porque ella estaba ignorante de lo que allí pasaba; la subieron a la terraza, y se elevaron antes de que llegara el regimiento de doncellas esgrimiendo las agujas de coser en defensa de su amita. Las cuales se quedaron llorando de rabia, y con sus pañuelos un ratito decían adiós al aeroplano, y otro ratito se limpiaban las lágrimas.

* * *

Al cabo de pocos días llegó al campamento del señor de Siete Nidos la noticia terrible del rapto de la Princesa, y el señor y su dragón Sombrero, que era, como hemos dicho, exageradamente gigantesco, volvieron a su castillo, encontrándose a Zapato ciego y sumido en angustiosa tristeza, y las habitaciones de la Princesa completamente vacías.

Aún se olía su perfume, y en su mesa tenía las recetas para hacer los flanes.

El señor de Siete Nidos lloró tanto, que las habitaciones parecían co-

mo si en ellas se hubiera estado secando un paraguas... o un perrito.

A los pocos días vino un espía que Siete Nidos tenía en el país del Príncipe Estilográfica, y dijo:

—Señor: los periódicos de la nación vecina anuncian que el Príncipe va a llevar a la Princesa Cereza por todas las provincias de su país para que conozca el reino completo.

—¿Y cómo van a hacer el viaje?

—En tren, señor, porque de los automóviles se ha tirado ya varias veces la Princesita, con deseo de escapar.

Oyó esto el inmenso Sombrero; pasó su cola de pinchos por encima de él mismo, hasta poner la punta en la frente para pensar bien, y tuvo la siguiente idea: «Si yo me pongo en la vía del tren y abro la boca como un túnel, acabaremos por rescatar a la Princesa más tarde o más temprano. Todo será cuestión de paciencia...»

* * *

En efecto: una noche salió despacito, todo lo más silenciosamente que él podía caminar, que era como si sonara un leve vendaval que agitara árboles y hierbas.

Vió brillar con la Luna las vías del tren de los enemigos, y allí se puso de guardia.

Cuando sentía que los dos hierros trepidaban, colocábase de frente a



el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

su princesa en el vagón

DIBUJOS de RAMON GAYA

la dirección que trajera el tren, abría la boca y esperaba inquieto, apoyando la barbilla en las vías y cerrando el ojo, tanto por la emoción como porque no brillara con la Luna.

Y cuando quería darse cuenta, ya tenía dentro de su boca todito el ferrocarril.

Ya no tenía más remedio que comérselo. Pero antes lo paladeaba bien, para advertir si venía allí su amita Cereza, que llevaba siempre ese personalísimo perfume de cerezas que había dejado en sus habitaciones.

Se comía viajeros de turismo, viajeros de comercio, maquinistas, vagones de carbón, fardos de tabaco, cajas de frutas, maletas, máquinas de coser en cajón, envíos de juguetes, cubas de vino, damitas elegantes, revisores, conejos muertos atados en montones por las patas, cántaros llenos de leche..., ¡todo! Y todo lo hacía en busca de la linda Princesita Cereza.

Una vez se tragó un vagón que tenía demasiados caballos. Al día siguiente se tragó un tren con demasiadas bayonetas; era como el que se come un besugo con espinas. Tuvo que quitarse tres o cuatro que no habían pasado.

Estos trenes le hicieron sospechar que serían trenes militares y que iban

a esperar en algún pueblo a Cereza para rendirle honores, a pesar de que ella iba siempre de mal humor y hasta llamando *mamarracho* a José Estilográfica en público.

* * *

Y, en efecto, al otro día se le metió en la boca un fogoso tren de máquinilla brillante, adornada con banderitas, e inmediatamente su paladar sensible advirtió que allí dentro estaba la perfumada y linda damita de su país y de su castillo.

La lengua agudísima del dragón rebuscó, metiéndose por las ventanillas, hasta que dió con Cereza. Era como cuando nosotros buscamos algo que nos molesta entre las ruedas...

La apartó cuidadosamente, la sacó a la luz y se comió todo lo demás, notando un cierto sabor a tinta de colegio al tragarse al Príncipe José Estilográfica.

* * *

Cuando la Princesa se dió cuenta de que aquello era uno de los dragones del castillo de Siete Nidos, quedó casi desmayada de alegría. Y le besaba las uñas, el hocico miedoso, su rabo de pinchos...

Luego le ató a un colmillo un larguísimo collar de perlas que la había obligado a aceptar el Príncipe

antipático, y que la daba seis vueltas desde el cuello a las rodillas, y, tirando de él como de un burrito, se encaminaron al castillo.

Iban muy despacio, porque Sombrero había engordado de una manera terrible, terrible, terrible, con tanto tren como se había comido.

El señor de Siete Nidos dió cien besos a su hija Cereza, y al dragón le puso unas vías hacia la boca, y todos los días le regalaba un tren de mercancías con jamones, natillas, sandías y patatas fritas.

También el desgraciado ciego llamado Zapato se desayunaba con dos vagones de mermelada. Y además vino un oculista, puso un andamio y le curó el ojo.

Hubo grandes fiestas, obligándose a todos a llevar sombrero de esos que se hacen de papel doblado, pero pintados con colorines, con flecos de papel a la punta de arriba y cascabeles en las puntas de atrás y de delante.

Regalaron croquetas a los caballos pobres; bastones con cabezas de bichos a los señorones ricos, y a los dragones, dos abrigo de punto, hechos por todas las damitas del castillo.

Y fueron felices, comieron perdices, y a mí no me dieron, porque Zapato y Sombrero se comían hasta las plumas.



el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

Los domingos de Chin y Bely



Dijo Bely a su muñeca:

—¿Qué te parece, *Chin*, que antes de ir al bosque nos vayamos un rato a la Casa de Fieras?

—Me parece muy bien. Consoláremos un poco a aquellas pobres gentes cerradas en sus jaulas.

Y fueron, y allí estaban el tigre con su esposa, el león con la suya, el lobo y la loba, la jaula de cien monitos, y en una jaulita estaba sola una mona cuyo mono se habían llevado a la Casa de Fieras de otra capital.

—¿Estás muy aburrida?

—Estoy aburrida y triste—contestó la mona a Bely—. No hay derecho a que no pueda estar de conversación con nadie; yo, que en el bosque era la alegría de las ramas...

—¿Te podremos soltar nosotras?

—Sí; esforzándonos por abrir un poco entre los tres estos barrotes. Pero no podremos salir de la Casa de Fieras, porque me detendrá el portero.

—No, por eso no tengas miedo; que puedo dejarte mi vestido, y yo pasaré en enaguítas—propuso la muñeca *Chin*.

Y así lo hicieron. De un lado Bely y del otro *Chin* y la mona, abrieron un poco los barrotes delgados. Dentro aún, se puso el animalito el vestido de la muñeca, y salió de la mano de Bely por delante de todas las jaulas, y por las narices del portero. Nadie la conoció;

parecía una de las niñas feas, más fea que la más fea de todas.

Apenas salió de la puerta, se soltó de la mano y salió corriendo sin apenas decir *adiós*. ¡Qué ganas tenía de verse en el campo!...

Y allá fueron luego *Chin* y Bely muy detrás, muy detrás, la muñeca con sus blanquitas enaguas.

Cuando llegaron al bosque, las monas se estaban probando el vestidito de *Chin*. Todas se lo habían puesto, y todas rodearon a Bely para decirla:

—Oye, amiguita; si es verdad que nos tienes cariño, regálanos a cada una un vestido como éste:

—¿Y a los monos?

—A ellos nada. Pero las monas somos amigas de engalanarnos, para luego ir a mirarnos al río.

Bely se lo prometió. Pero la mona de la Casa de Fieras, que se llamaba *Estrellita*, estaba dándose importancia entre sus compañeras, hablando de todo lo que había visto en la ciudad. Y exclamaba:

—Sé muchos juegos que os enseñaré: el de la comba, el de las visitas...

—¿Y cómo son?

Estrellita se lo enseñaba, y las divertía, y no entregaban la falda porque les gustaba ir de visita con ella puesta.

Luego dijo la mona:

—También os enseñaré el juego del paso—y se puso a saltar al paso, por encima de otra mona.

Bely, que hacía labor allí cerca, las reprendió:

—No hagáis eso; ese juego es de chicos. Eso se queda para los monos...

Pero *Estrellita* dijo que era muy divertido, y se pusieron a jugar alegremente; y como fué una a saltar con la faldilla del vestido puesto, la rompió; la la rajó al abrir las patas en el salto.

—¡¡Que no es juego de monas!!...exclamaban *Chin* y Bely.

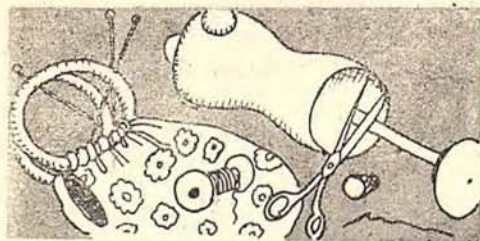
Pero ellas estaban como alocadas, brincando y riendo encantadas y alegres.

Devolvieron a *Chin* el vestido hecho trizas. La muñeca lloraba casi. Pero Bely le dijo:

—Yo te compraré todo lo que sea necesario para coserla. Y no te desanimes el que no nos hayan hecho caso.

Lo importante es que estaba enjaulada la mona más alegre, y con ella suelta todo el bosque es alegría, y era verdad.

TINITA.



el perro,
el ratón y
el gato...

—¡Valiente majadero! Cree sin duda que puede dar en una manita extendida con ese trabuco en forma de mazas.

Me volví para ver quién había sido el que había pronuciado aquellas palabras y vi a dos hombres apuntando con sus rifles. Uno de ellos era el joven cazador que he descrito ya; el otro era un indio que no había visto antes.

Las detonaciones fueron simultáneas, y la grulla, descendiendo caer su largo cuello, descendió trazando círculos entre los árboles y se quedó suspendida de una rama muy elevada.

Ninguno de los que habían tirado podían verle desde la posición que ocupaban respectivamente ni sospechar que el otro había hecho fuego.

Había una tienda entre ellos, y los dos disparos habían sonado como si fueran uno solo.

—¡Bravo, Carey! Dios tenga piedad de lo que se encuentre por delante de la boca de Mataosos cuando apuntes con él.

El indio acababa entonces de dar la vuelta a la tienda. Al oír aquellas palabras y al ver el humo que salía por la boca del cañón del rifle del joven cazador, se volvió hacia éste y le preguntó:

—Señor mío, ¿habéis hecho fuego?

Estas palabras fueron pronuciadas sin acento extranjero.

—¡Lejos de lo que podía haberse esperado de un indio, creo, le llama la atención, porque se le había atraído ya por completo el aspecto imponente y singular de aquel hombre.

—¿Quién es ese indio?—pregunté a uno que estaba cerca de mí.

—No lo sé: acaba de llegar, fue la contestación que pude obtener.

—¿Habéis querido decirme que es aquí forastero?

—Eso mismo. Ha venido hace poco, y no creo que le conozca ninguno, excepto el capitán a quien he visto darle la mano.

—Observé al indio con creciente interés. Parecía ser un

porte. Muy al contrario, había dirigido su pregunta al trampero con acento y maneras muy corteses.

—¿Que si he hecho fuego! Pues qué, ¿no habéis oído el disparo? ¿No habéis visto caer el pájaro? ¡Mirad!

Garey señaló al sitio donde estaba suspendida el ave.

—Entonces debemos haber disparado simultáneamente—dijo el indio mostrando su rifle que estaba aún humeante.

—¡Escuchad, indio! Que hayamos disparado simultáneamente o no, me importa tan poco como un golpe de cola de castor; lo cierto del caso es que vi el ave, que la apunté, y que ha sido mi bala la que le ha hecho descender.

—Creo haberla tocado también—replicó el indio con aire modesto.

—Tendría que ver ese resultado con tan reluciente aparato—dijo Garey mirando con desdén el arma de fuego de su contrincante, y después, con orgullo, a su rifle deducido por la acción atmosférica, que volvía a cargar.

—Aparato reluciente o lo que queráis—contestó el indio—, es lo cierto que envía una bala más recta y más lejos que ningún rifle de los que hasta ahora he visto. Aseguraré que su proyectil ha atravesado el cuerpo de la grulla.

—Escuchad, caballero, porque supongo que tengo de llamar caballero a quien habla en esos términos y tiene vuestro aspecto, aunque sea un indio; es la cosa más fácil averiguar quién ha matado el ave. El calibre de vuestro rifle es de unos cincuenta céntimos de pulgada, y el de Mataosos, de noventa; ahora veremos quién ha tenido mejor puntería.

Al decir esto, se dirigió el cazador hacia el árbol en cuyas ramas estaba enganchada la grulla.

—¿Cómo vas a hacerla bajar?—preguntó uno de los tramperos que se había aproximado para ver en qué quedaba esta curiosa disputa.

Esta pregunta no obtuvo respuesta. Todo el mundo vio que Garey levantaba su rifle para disparar con él.

Resonó el disparo y la bala arrancó una astilla de la rama, que se inclinó bajo el peso de la grulla. Pero el

oyó una voz que gritó:

Los tramperos lanzaron en coro una carcajada y se las bálas.

energía como si quisiera ponerse fuera del alcance de los mexicanos había hecho fuego con su escopeta. El ave siguió volando moviendo sus anchas alas con mayor Resonó una detonación por el aire; era que uno de y con su vuelo lento provocaba a tirar sobre ella.

claro sin árboles que partía desde el río, iba muy baja, aves volando hacia el campamento. Se acercaba por un de una grulla. Levanté la cabeza y vi a una de estas la cual iba a echarme, cuando llamé mi atención el grito Había vuelto al sitio donde estaba mi manita, sobre

Los tiradores. CAPITULO XVIII

tida de los cazadores de cabelleras.

más extraña que nunca he tenido lugar de ver: la partida eran todos los tipos diferentes y componían la partida de todos los climas, que hablaban todos los idiomas; unido en aquel punto a hombres de todos los colores y Parecía que el instinto hacia las aventuras había re- Híronia.

estas Sandwich que habían cruzado el desierto desde Ca- aquella remota región, también había canadienses de las eran desertores de alguna guarnición de la frontera; en tante. Allí había uniforme bordado; los que los llevaban rido aquella vida libre y aventurera al látigo del sobres- res de las plantaciones de la Luisiana que habían prede- mulatos y negros que parecían de azabache, proceden- que se asociaban de los que les rodeaban. Veláanse, además, vultuos en sus desahucadas tallas, servidores más bien la alegría de su raza. También había indios mansos, en- blancos capotes, charlando, bailando y cantando con toda rridos de la compañía del Noroeste, cubiertos con sus encontraban allí franceses, viajeros canadienses, desca- de ellos y otros que participaban de uno o de todos. Se

parecida a la que hemos descrito, si bien tenían algunas variantes en su traje, como sombrero de fieltro, gorra de piel de gato montés o blusa clara y llena de bordados de colores muy vivos. Otros le usaban más estropeado, con remiendos y ahumado; sin embargo, el traje de todos conservaba bastante de su carácter para no dudar en su clasificación. No era posible confundir con nadie al verdadero "hombre de la montaña".

El tercer grupo que atrajo mi atención era el que se hallaba más distante del sitio donde yo estaba. Mi curiosidad creció de pronto, por no decir de asombro, al ver que lo componían indios.

—¿Si serán prisioneros?—pensé—; no es posible, porque estarían amarrados, y ni en sus miradas ni en sus gestos se descubre el más pequeño indicio de su cautividad, y, sin embargo, eran indios. ¿Sería posible que formara parte de la guerrilla para combatir a sus hermanos?

Me senté haciendo mil conjeturas, hasta que pasó un cazador a mi lado y le pregunté señalando al extraño grupo:

—¿Quiénes son esos indios?

—Son delaware y algunos de ellos son shawnis.

Eran, pues, los célebres delaware, los descendientes de aquella gran tribu que en las playas del Atlántico combatieron los primeros contra el invasor de rostro blanco. La historia de estos indios ha sido portentosa. Guerra ha sido su escuela, guerra su religión, guerra su pasatiempo, guerra su profesión. Quedan ya muy pocos; su historia terminará pronto.

Me puse de pie y me fui acercando a ellos, poseído del mayor interés. Observé que algunos estaban sentados alrededor del fuego, fumando en sus bien trabajadas pipas de tierra roja. Otros se paseaban de un lado a otro con ese andar majestuoso por el cual han sido tan celebrados los indios de los bosques.

Reinaba entre ellos un silencio tan grande que hacía un extraño contraste con la alharaca de sus aliados los mexicanos.

Alguno de ellos solía hacer una pregunta en tono de voz profundo y sonoro, y obtenía una contestación bre-

pequeñas partidas, ligados con sus antiguos enemigos los blancos, o solos; poniendo trampas, cazando o combatiendo contra los yutas o raphaas, los crows o cayenas, los navajos y los apaches.

Mi interés era cada vez más intenso al contemplar a aquel grupo y al fijarme en su pintoresco traje. Aunque entre los indios no había dos que se vistieran del mismo modo, había cierto parecido en el atavío de todos ellos. La mayor parte llevaban blusa, cuyo material no lo constituían pieles de ciervo, como sucedía en la de los blancos, sino una tela de algodón con dibujos de colores muy vivos. Esta prenda, adornada vistosamente con grandes, bajo los aprestos del guerrero indio, presentaba un aspecto muy singular. Pero lo que diferenciaba más las mangas tenían iguales adornos, y el cuello y la falda terminaban con una tira de piel de armiño tan blanca como la nieve; de la extremidad de la falda pendía un círculo de pieles enteras del mismo animal formando una orla graciosa y al mismo tiempo de gran coste.

Lo más sorprendente de aquel hombre era su cabellera, que caía suelta por su espalda y barría el suelo conforme andaba. Su longitud no podía ser menor de seis pies. Era negra, lustrosa y abundante, y me atraía a la memoria la cola de esos grandes caballos flamencos que había visto tirando de los carruajes funebres de Londres. Su cabeza estaba adornada como la del águila guerrera; la circundaba una línea de plumas, el triunfo más bello del gusto saivaje. Este magnífico tocado daba nuevo lustre a la majestad de su presencia.

Un manto blanco de piel de búfalo pendía de sus hombros como si fuera una toga, formando un contraste extraño con su pelo negro.

El metal de sus armas estaba muy brillante y la caja de su rifle tenía incrustaciones de plata.

Me he detenido en la descripción de este personaje, porque desde que le vi por vez primera me dejó una impresión que no se borrará nunca de mi memoria.

Era el bello ideal de un salvaje pintoresco y romántico, y, sin embargo, nada de salvaje tenía su palabra ni su

ve y enfática, una articulación gutural, una inclinación llena de dignidad o un movimiento con la mano. De esta manera conversaban, al mismo tiempo que llenaban sus pipas con el "kini-kin-ik" y las pasaban de mano en mano.

Permanecí contemplando a aquellos estoicos hijos de la selva con una emoción superior a la de la curiosidad, como cuando se contempla por vez primera un objeto sobre el cual se han oído y leído extrañas relaciones. La historia de sus guerras y de sus viajes estaba fresca en mi memoria. Delante de mí estaban los mismos actores o tipos de ella, con toda su realidad, con todo su aspecto salvaje y pintoresco. Estos eran los hombres que, arrojados de sus hogares en la orilla del Atlántico, cedieron solamente al destino de su raza. Cruzando la cordillera Appalachina siguieron combatiendo desde las alturas de los Alleghanios, a lo largo de los bosques de las orillas del Ohio hasta el corazón de la Tierra Sangrienta. Pero los rostros pálidos continuaban persiguiéndolos y los hicieron alejarse más y más hacia el Occidente. Guerras sangrientas, fe Púnica y tratados rotos, diezmaron sus filas de año en año. Sin embargo, como se desdaban de vivir cerca de los blancos conquistadores, continuaron alejándose, abriéndose camino entre tribus enemigas de su misma raza y color de tres veces su número. La bifurcación del Osage fué su último punto de descanso; entonces el usurpador les prometió que tendrían allí un hogar para siempre. Esta concesión era demasiado tardía.

La guerra y la vida errante había llegado a formar parte de sus naturalezas; así es que con su orgullo despreciativo renunciaron al pacífico cultivo de la tierra. Los restos de la tribu se reunieron en el Osage, pero en una época dada desaparecieron de allí; los hombres jóvenes y valientes se habían ido dejando a los ancianos, mujeres e inútiles en el hogar que les habían concedido. ¿Dónde se fueron? ¿Adónde se encuentran ahora? El que quiera ver a los delawarees debe buscarlos en las extensas praderas, en los parques de las montañas, en las guaridas de los osos, donde estén los castores o los búfalos. Entonces es posible encontrarlos subdivididos en

hombre de unos treinta años de edad, y no mucho menos de siete pies de estatura. Sus proporciones eran las de un Apolo, por cuya razón no parecía tan alto. Eran sus facciones del tipo romano, y su despejada frente, su nariz aguileña y ancha mandíbula, le daban un aspecto de talento, de firmeza y de energía.

Consistía su traje en una blusa, polainas altas y sandalias; pero todas estas prendas se diferenciaban de las que usaban los tramperos y sus aliados los indios. La blusa, que era de piel curtida de ciervo, estaba preparada de un modo diferente a la de los tramperos y su color era tan claro que parecía el material de un guante de cabritilla. Cerrada por el pecho, estaba llena de preciosos bordados hechos por puas teñidas de puercoespín. Las mangas tenían iguales adornos, y el cuello y la falda terminaban con una tira de piel de armiño tan blanca como la nieve; de la extremidad de la falda pendía un círculo de pieles enteras del mismo animal formando una orla graciosa y al mismo tiempo de gran coste.

Lo más sorprendente de aquel hombre era su cabellera, que caía suelta por su espalda y barría el suelo conforme andaba. Su longitud no podía ser menor de seis pies. Era negra, lustrosa y abundante, y me atraía a la memoria la cola de esos grandes caballos flamencos que había visto tirando de los carruajes funebres de Londres. Su cabeza estaba adornada como la del águila guerrera; la circundaba una línea de plumas, el triunfo más bello del gusto saivaje. Este magnífico tocado daba nuevo lustre a la majestad de su presencia.

Un manto blanco de piel de búfalo pendía de sus hombros como si fuera una toga, formando un contraste extraño con su pelo negro.

El metal de sus armas estaba muy brillante y la caja de su rifle tenía incrustaciones de plata.

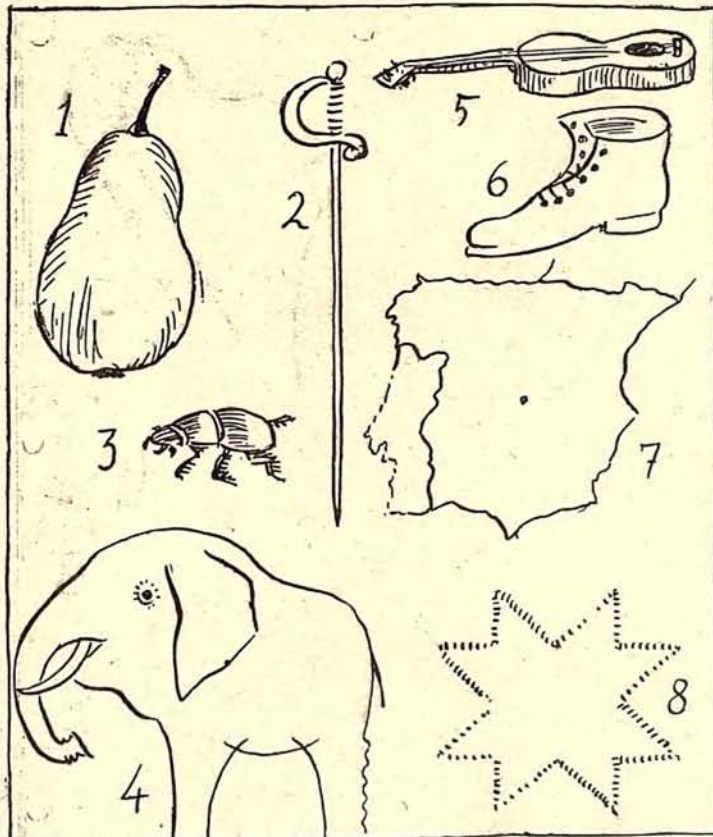
Me he detenido en la descripción de este personaje, porque desde que le vi por vez primera me dejó una impresión que no se borrará nunca de mi memoria.

Era el bello ideal de un salvaje pintoresco y romántico, y, sin embargo, nada de salvaje tenía su palabra ni su

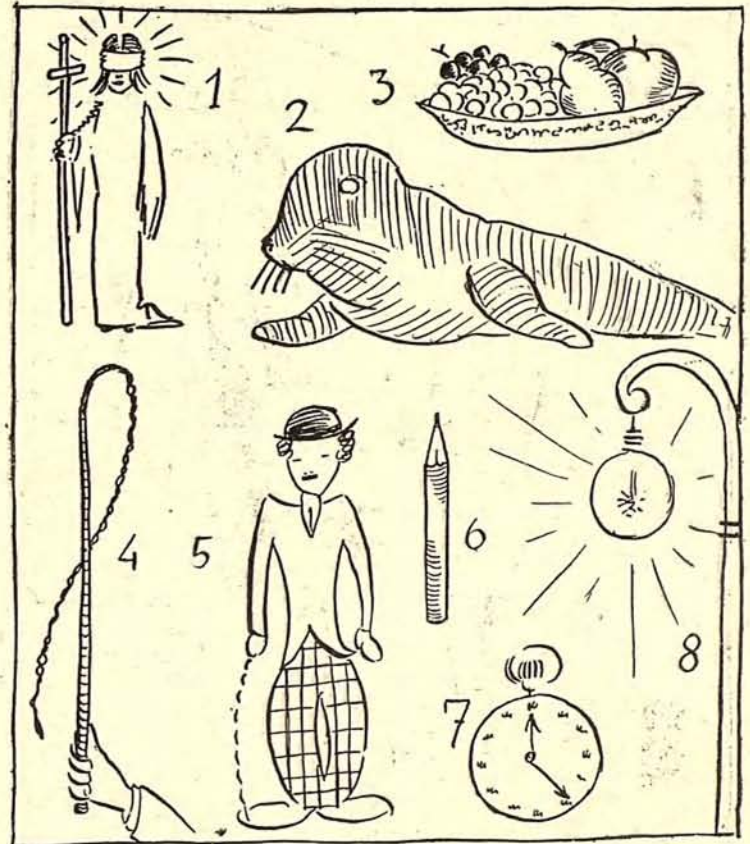


página del gato adivino

PASATIEMPOS DE 24 LETRAS
Y DE 12 VILLACABALLENSES ROTOS



CUADRO NUM. 5: LA E.



CUADRO NUM. 6: LA F.

Averiguar los números de las CINCO cosas que en el cuadro núm. 5 empiezan por E, y los de las CINCO que en el cuadro núm. 6 empiezan por F, y remitirnos las soluciones después de ser publicado el cuadro núm. 24, y junto con los 12 villacaballenses rotos que se publican aparte, siempre que se remitan ya compuestos. Premios: Para riñar entre las niñas que acierten, maleta con preciosa y riquísima batería de cocina infantil, armario de labores con un maniquí y dos paquetes de libros. Para los niños, gran caja de soldados de plomo, camión automóvil y dos paquetes de libros. Han de remitirse las 36 soluciones JUNTAS.

Concurso de postín

LA FRASE DE DON QUIJOTE

Averiguar en cuál de los tres capítulos IX, X y XI (Segunda parte), de la grandiosa obra de Cervantes, dice Don Quijote las siguientes palabras:

"¿Podré señalar este día con piedra blanca, o con negra?"

Búsquense las bases en el número 19, y el cupón en otra página de este número.

Premio único: una bicicleta, una muñeca de trapo, un bolsito y 1.000 pesetas.

L A R A Z A

L A M E J O R R E V I S T A

LAS MEJORES FIRMAS :: LA DE MEJORES

PREMIOS :: LAS MEJORES FOTOGRAFIAS

LA DE MAS ACTUALIDAD :: LA MAS AMENA

LOS JUEVES

40 CTS.

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

EL DE LAS PREGUNTAS



(Véase las secciones tituladas "El de las preguntas" y "La persona, el animal y el mueble")